

# Conejo por parte de padre

(Cuento de Etgar Keret<sup>1</sup>)

## PADRE

Stela, Ela y yo teníamos casi diez años el día que papá cambió de forma. A mamá no le gusta que digamos «cambió de forma» y se empeña en que digamos «se fue»,

---

1 Etgar Keret (1967) es un escritor israelista. El cuento está tomado del libro "La penúltima vez que fui hombre bala", su décimo (?) libro. Tiene muchos libros.

pero no se trata de que cuando  
volvimos a casa del colegio nos  
encontráramos la casa vacía. Sino  
que él estaba allí, esperándonos en  
su sillón, resplandeciente en su  
esplendorosa blancura conejil, y  
cuando nos agachamos para  
acariciarlo detrás de la oreja, que es  
lo que a papá más le gusta, no

intentó escapar, sino que arrugó el hocico encantado. Mamá nos dijo enseguida que no nos lo podíamos quedar porque se cagaría por toda la casa, y, cuando Stela intentó insinuarle lo más suavemente que pudo que el conejo era en realidad papá, mamá se enfadó y le dijo que se callara, que bastante mal lo

estaba pasando ya, y al momento se echó a llorar.

Ela y yo le llevamos a mamá té de jazmín con galletitas de almendra, porque el jazmín tranquiliza y las galletitas de almendra te alegran, y porque aquella tarde veíamos a mamá muy poco tranquila y nada contenta y,

después de que mamá nos diera las gracias y se tomara el té, nos dio un beso a las tres y nos contó que la noche anterior, cuando estábamos dormidas, papá y ella habían discutido susurrando, para no despertarnos, y que al final de la discusión papá había metido unas cuantas cosas en la bolsa blanca de

tenis y se había marchado de casa.

Mamá nos dijo que ahora iba a empezar una temporada difícil, y que todas teníamos que ser fuertes y ayudarnos y cuando terminó de hablar se hizo un silencio largo y desagradable. Al final papá me hizo señas con el hocico para que yo abrazara a mamá, y, al abrazarla,

mamá volvió a echarse a llorar. Ela,  
asustada por el llanto de mamá,  
suspiró:

—Pero, ¿por qué llora, si lo  
principal es que papá ha vuelto? —  
Y le acarició la mejilla a mamá.

Sin embargo, mamá siguió  
llorando y su llanto era cada vez  
más entrecortado y más furioso. Ela

intentó cambiar de tema y propuso que hiciéramos algo divertido las cuatro juntas ese día, como un pastel de zanahoria, pero mamá, al oírla, se enfadó todavía más y dijo:

—Ese conejo se larga de aquí hoy mismo, ¿me escucharon?

Y se fue a la cama a descansar.



Cuando mamá se despertó de la siesta, le llevamos a la cama un vaso de limonada que habíamos preparado nosotras solas, una rebanada de pan con mantequilla y mermelada y una pastilla contra la migraña, porque siempre que se levanta de la cama le duele la cabeza. Después de salir de su

habitación encerramos a papá en la nuestra, porque Stela dijo que las caras que pone cuando hablamos ponen de nervios a mamá, y que será mucho más fácil convencerla de que nos lo quedemos si está encerrado en la habitación. También le explicó a Ela que, cuando hablemos de él con mamá, no

tenemos que llamarlo «papá»,  
porque mamá todavía está enfadada  
con papá por la discusión, y que  
hasta que no lo haya perdonado del  
todo lo que tenemos que hacer  
nosotras es aparentar que papá es  
sólo un conejo.

Mamá se comió la rebanada de  
pan, se tragó la pastilla con un poco

de limonada y después nos dio un beso a cada una en al frente y dijo que nos quiere y que, ahora que nos hemos quedado las cuatro solas en el mundo, somos su consuelo. Ela le dijo que no estamos solas, que también tenemos un conejo de consuelo, porque, aunque no sepa hacer nada, ni siquiera calentar el

agua para el té o abrir un tarro de mermelada, sí sabe frotarse contra las piernas y siempre nos deja que le acariciemos su agradable piel.

Mamá nos dijo que somos unas niñas muy buenas y generosas, y que esas dos cualidades nos van a ayudar mucho en la vida, pero que el conejo tiene que largarse.

Después se puso los zapataos,  
agarró del estante las llaves del  
coche y dijo que se iba al centro a  
buscar al hombre de la tienda de  
animales para que tome a papá y lo  
venda en su tienda a una familia  
que tenga una casa grande con  
jardín y que lo pueda cuidar mejor  
que nosotras.

—Ninguna familia lo va a poder cuidar mejor que nosotras — lloró Ela, a la que siempre le ha dado miedo ese hombre tan raro de la tienda de animales—. Sin nosotras estará triste, y nosotras también estaremos tristes sin él.

Pero mamá asentía sin escuchar y luego nos dijo que podíamos ver la tele hasta que ella volviera.

En cuanto mamá se marchó, Ela y yo le dijimos a Stela que teníamos que esconder a papá enseguida en un lugar en el que ni mamá ni el hombre de la tienda de animales consiguieran encontrarlo nunca,



pero Stela se empeñó en que no lo íbamos a conseguir porque mamá sabe buscar muy bien y siempre lo encuentra todo, hasta cosas que hace tiempo que se han perdido.

—Pero es nuestro padre —lloró Ela—. No podemos dejar que nos lo quiten.

—Ya lo sé —dijo Stela—; creo que nos tendremos que escapar con él.

Tomamos la bicicleta para tres que papá nos había hecho con sus propias manos para nuestro noveno cumpleaños, metimos a papá en la cesta que nos había puesto en el manubrio, para meter las mochilas,

y nos pusimos a pedalear en dirección a los campos. Era un día de mucho calor y se nos había olvidado llevar agua, pero Stela dijo que de ninguna manera podíamos volver. De los cuatro, el que parecía tener más sed era papá, pero también era el que parecía estar más contento. Siempre ha sido quien

más disfruta salir de excursión. Ela suplicó que volviéramos para darle agua, que si no lo hacíamos seguro que se iba a desmayar o a deshidratar. Pero Stela y yo nos empeñamos en que teníamos que seguir huyendo. Ela se ofendió y dijo que hasta que no diéramos la vuelta no nos pensaba ayudar más a

pedalear. Casi nos peleamos,  
cuando, de repente, en medio de un  
campo de maíz, Stela vio una  
canilla. Conseguí abrirla a pesar de  
que estaba oxidada, y papá se puso  
de pie sobre las dos patas traseras y  
bebió muchísimo. Se le mojó todo  
el cuerpo, pero no pareció  
importarle nada de nada. Después

Stela le dio un choclo, que es lo que más le gusta a papá, y papá se lo comió en un segundo, y justo entonces Ela se puso a llorar y dijo que puede que mamá tuviera razón y que el conejo ese que se nos había metido en casa no era papá. Cuando Ela lo dijo, papá dejó de mordisquear el choclo y se fue con

ella. Ela estaba sentada en el lodo llorando, y papá apoyó en ella sus dos patitas, tan suaves, y empezó a lamerla. Al principio Ela se asustó un poco, pero luego empezó a reírse porque la lengua le hacía cosquillas, y, como ella se rio, también nos dio risa a Stela y a mí.

—El único que nos hace reír así es papá —advirtió Stela, y, aunque Ela no dijera nada y todavía tuviera la cara mojada de lágrimas, pude ver por cómo acariciaba la piel de papá que sabía que Stela tenía razón.

En ese momento, justo a la espalda de Ela, al lado del camino,



vi que las hojas del maíz se movían.  
Al principio creí que era el viento,  
pero ese día no hacía viento. Las  
hojas las movía alguien que venía  
hacia nosotras. No le podía ver la  
cara, pero por sus movimientos me  
di cuenta de que era mucho más  
alto que nosotras, de la altura de  
mamá, o puede que hasta tan alto

como el hombre de la tienda de animales. Ya desde la primera vez que mamá nos llevó a la tienda de animales, no me gustó. Las jaulas de su tienda siempre parecen sucias, y, si no fuera por un pez violeta chillón, nunca he visto en su tienda un animal que parezca feliz. Les quise decir a Stela y a Ela que se

quedaran calladas porque se acercaba alguien, pero el miedo me paralizó por completo. Sabía que sólo con que me miraran entenderían que corríamos peligro, pero estaban demasiado ocupadas acariciando a papá.

Cuando la misteriosa persona apareció por fin entre las hojas de

maíz, Stela enseguida tomó a papá en brazos y lo apretó contra su pecho. Ela y yo nos pusimos de pie delante de ella y a papá le temblequeó el hocico y guiñó los ojos muy nervioso, porque estaba claro que él también tenía miedo. Era un niño delgado y alto, con unos dientes enormes y granos en la

cara, y él también llevaba un conejo en brazos, pero el conejo del niño era gordote y café, con manchas blancas por todo el cuerpo. El niño de los dientes gigantes se quedó mirándonos sin decir nada. Papá se retorció entre los brazos de Stela y nos pareció que reconocía al conejo gordote de algo y que quería hablar

con él, o por lo menos olisquearlo, pero Stela lo sujetó bien fuerte sin soltarlo.

—¿Qué miras tanto? —le dijo al niño de los dientes gigantes con la voz más amenazadora que fue capaz de poner.

—Nada —dijo el niño—; es que... nunca había visto a tres niñas iguales.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté yo, pero con una voz mucho más calmada y amable que la de Stela.

—Nada especial —dijo el niño de los dientes gigantes

encogiéndose de hombros—.

Estábamos volviendo a casa de mi abuelo y, como empezaba a hacer calor, nos acordamos de que aquí hay una canilla.

—¿Nos acordamos?

—Sí —dijo el niño de los dientes gigantes con una sonrisa, apuntando con un gesto de la



cabeza hacia el conejo gordote que  
llevaba abrazado—. Mi padre  
también es un conejo.

*(continúa...)*